

La ciudad: paradigma de libertad

El hombre y la necesidad de buscar referentes

El hombre es un ser mortal que mantiene una enigmática relación con la nada y que para no permanecer en la angustia necesita relacionarse con los acontecimientos. Constantemente va más allá de sí mismo, porque es impensable una existencia humana sin deseo, vivir es desear y la vida lleva en sí el componente seductor de lo inacabado, y así es como el deseo se convierte en la base de toda creación de la existencia humana como tal.

El hombre es un ser prodigioso porque es un misterio para sí mismo. El hombre zambrano se concibe como un individuo libremente perseguido, paradójicamente asediado, es un ser añorado y nostálgico que a menudo siente la necesidad de inquirir paradigmas referenciales con el fin de encontrarse a sí mismo y de liberarse de todo lo que condiciona su existencia.

La historia del pensamiento refleja que la indigencia humana de reclamar el encuentro consigo mismo, y la fatiga de ser hombre, suscitan la necesidad de presuponer referentes.

Los referentes nacen, tal vez, de la necesidad de nombrar y ocupar el incómodo y vertiginoso espacio vacío, difícil de colmar y satisfacer. Son un modo extraordinario de tranquilizar la incertidumbre y el temor más elemental y primitivo. Permiten comprender la realidad que se recoge en el misterio y que esconde —bajo mil manifestaciones— las puertas de acceso a su signo más oculto. Permiten, al fin, desvelar la presencia vacía que

envuelve al ser humano, e iluminar el espacio recóndito del misterio.

Así, la historia nos enseña que tal vez llegaremos a constituirnos como individuos, y a realizarnos como personas, cuando seamos capaces de recrear y transfigurar lo creado y cuando nuestra humilde condición permita que esta necesidad de imágenes o espacios referenciales resuene, se insinúe y emerja en nosotros con absoluta libertad.

Desde los griegos se ha manifestado y expresado que el mundo de la individualidad puede alcanzarse a través del lenguaje y de los símbolos de solidaridad que la comunicación humana transmite. Hay un cierto principio que permite al microcosmos abrirse a un universo de posibilidades y alternativas que integran el controvertido término de libertad. El ser humano, para encontrarse a sí mismo, necesita, desde su más profunda intimidad, iniciarse en el camino de la comunicación, proyectar su individualidad, su mensaje lingüístico, que condiciona, orienta y constituye el *logos* que ha de comunicar. Así, en los tránsitos más oscuros de su transcurrir por el mundo, debe aceptarse también como un ser comunicativo que convive con otros bajo una determinada forma de organización, pero esta organización llega a constituirse como naturaleza cuando el hombre es capaz de articular y conjugar sus necesidades individuales en un entramado social que se llama *polis*. De modo que este gesto solidario que le ayuda a realizarse tiene lugar en la ciudad. La *polis* es un espacio real donde habita el hombre y un espacio ideal —referencial— que ofrece las vinculaciones necesarias para sostener la organización solidaria; y que permite el sugestivo encuentro del hombre consigo mismo al facilitar su posible realización.

Ciudad... individuo, persona

M. Zambrano sugiere la necesidad de que el ser humano se incomode en su soledad para devenir persona. Y propone como medio ideal para que se dé este proceso, la ciudad, concebida como ámbito de pensamiento, de convivencia y de comunicación.

Una vez que ha nacido el individuo, aparece el ser humano como valor, como medida y como sujeto de la historia. El individuo tiene conciencia de lo que es porque la ha adquirido en el decurso de la historia social, y ha nacido así en él la condición de persona.

La concepción zambranianiana de persona contiene tres elementos fundamentales: el ser, que constituye la sustancia de la persona y a su vez está formada por ese fondo endotímico que resume y sintetiza en cada uno de nosotros toda la historia y por el destino que marca nuestra vocación, aspectos que no constituyen realidades distintas sino que son las dos caras de una misma realidad personal. El ser duerme en los ínfimos del alma hasta que la conciencia lo despierta a la libertad. El segundo elemento es el *rôle*, que nos vincula con la realidad que nos rodea, *rôle* que se transforma en peregrinaje cuando no es el ser que se extrovierte, sino la máscara que lo oculta. Y por último, la persona está constituida por el yo, que se sitúa al nivel superior de lo humano. El yo es la toma de conciencia del *ser* y su realización, es el poseerse a sí mismo, abrirse camino y ejercer la libertad.

De modo que la persona es el individuo dotado de conciencia, que se sabe a sí mismo, que se entiende a sí mismo como valor supremo y como última finalidad. Y se concibe como tal en una atmósfera de libertad, que propicia este espacio de pensamiento, de convivencia y de comunicación que constituye la ciudad.

Política... hombre, ciudadano

El descubrimiento de la conciencia individual presupone la aceptación de la dimensión personal y social, y resulta imprescindible al hombre para reconocer su condición de ciudadano. Desde esta valoración Zambrano propone la ciudad como paradigma desde donde se genera el clima adecuado que incita al nacimiento de la persona en el entorno social y su reconocimiento como individuo pluridimensional. Y reclama la democracia como el camino óptimo y más eficaz para conseguir la interrelación entre: individuo, persona y sociedad.

El hombre se manifiesta como un ser revolucionario y potencialmente creativo que se construye a sí mismo en el intento utópico de conseguir un nuevo mundo. El hombre es, al fin, un individuo social que constantemente se dibuja y desdibuja en el espejo ideal de un proyecto político.

Dice Zambrano que: «La política es la actividad más estrictamente humana y su análisis nos descubre los mayores dramas, conflictos y glorias del hombre». La acción política es una actividad que implica conciencia histórica y poder artístico. Para ser auténtica ha de ser dinámica y revolucionaria, puesto que toda revolución depende de los ideales que la animan, y es el estallido violento de las fuerzas sociales oprimidas que rasgan la corteza institucional que las mantenía aprisionadas.

Hoy asistimos al abandono de la subjetividad, el sujeto adecuado a nuestra sociedad es un sujeto débil. Se nos invita constantemente a pensar en términos de discontinuidad, y el mundo impide y dificulta la relación del hombre consigo mismo. El hombre de hoy está constituido por paradigmas vacíos que lo desbordan, y frente a él, Zambrano reivindica la categoría de individualidad, de sujeto y de responsabilidad. Defiende la relación del sujeto consigo mismo y al individuo en soledad para reencontrarse. Es necesario que el ser humano *tope* con su

propia individualidad para iniciar su peregrinación hacia los vertiginosos enigmas vitales.

En nuestra sociedad se ha perdido la auténtica concepción de ciudadanía. Nuestras democracias son representativas y en ellas no existen aspiraciones comunes. Son democracias distanciadas de los ciudadanos y por ello, los problemas se convierten en conflictos sectoriales. Todo, al parecer, se mueve por intereses partidistas, internos, endogámicos y así, progresivamente se pierde aquello que debiera interesar a la colectividad. Lejos de ser auténticas, nuestras democracias están mercantilizadas y en ellas no se decide colectivamente sino que decide la mayoría de forma dinámica. Parece ser que hoy se tiende a desvirtuar la noción de igualdad y así es como se diluye el deseo de libertad.

Zambrano piensa que el orden social que ha imperado en occidente es el estatismo es decir, una forma de organización jerarquizada, de interacción rígida, de vertebración dura, fiel al modelo convencional de la arquitectura. Y, frente al *orden arquitectónico*, se inclina por el *orden musical*. Considera, que la organización política competente y válida para conseguir la libre realización de la persona es el sistema democrático.

El éxito de la vida democrática reside en la vinculación entre ética y orden social, y en el *orden musical* no hay contradicción entre la persona y la sociedad. En este proyecto sociopolítico, la persona, al elegirse a sí misma, elige necesariamente —por la misma operación volitiva— a los demás, y los demás son todos los hombres.

Así pues, se nos sugiere reconquistar la idea aristotélica: «El hombre es un animal político y social», porque cree que el individuo es un ser obligado con la sociedad y, por lo tanto, la participación política es un derecho y un deber de los ciudadanos. Los hombres no ciudadanos son individuos políticamente expulsados del mundo. Es necesaria, pues, una organi-

zación política menos poderosa y más humilde, capaz de construir sociedades dinámicas, y capaz de considerar que el hombre debe aceptar el mundo como una pluralidad, cuyas identidades individuales y heterogéneas emergen de forma natural. Así, el hombre libre puede acceder a un sistema democrático, y sólo una política auténticamente democrática es capaz de generar hombres libres. De modo que, solamente en una democracia con connotaciones plásticas —artísticas— y que actúe como instrumento y expresión de la persona, es posible la evolución individual, personal y social.

En la ciudad, concebida como espacio de pensamiento, de convivencia y de comunicación, el hombre se descubre individuo y deviene persona; y a través de la política, en un sistema democrático, se reconoce ciudadano... Pero nos preguntamos ahora... ¿Cuál es el paradigma que subyace al pensamiento zambrano?

La historia es un producto de la libertad y su rostro refleja la capacidad de soportar inagotables anhelos, ideas y pensamientos, que se conjugan en el enigmático y sugerente acontecer. Y el mundo, como trasunto de todas las manifestaciones, es el resultado del proceso interminable de la idea de libertad. Hay un proceso histórico evidente y el hombre es el sujeto de los cambios sucesivos que demuestran la imposibilidad de pensar sin la conciencia histórica.

Parece ser que la cultura es la forma de vida que estamos construyendo. El hombre es fundamentalmente tiempo, de modo que sin pasado y sin futuro el presente se convierte en algo indefinidamente opaco que impide toda conservación y renovación. El futuro está repleto de posibilidades y el pasado ahito de riquezas espirituales. El mundo se vuelve inhumano sin pasado. Por lo tanto, se trata de recuperar el pasado desde el presente que nos inquieta y condiciona.

Es obsoleta la tediosa constatación de que no disponemos de discurso; quienes predicen esto clausuran la Historia. La Historia es un relato interminable, y lo característico del mundo es que está constituido por individuos que irrumpen —nacen— con la extraordinaria capacidad de generar nuevos acontecimientos. La relación que mantenemos con el pasado y con las generaciones futuras es el espacio de nuestros proyectos. No hay que condicionar ni delimitar, sino tal vez, procurar que se exprese libremente el germen de novedad. En todo momento, hay que dejar que los hombres —en el decurso de la historia— expresen lo que *llevar en sí*, y para ello resulta imprescindible la adquisición de la libertad.

Parece ser que conocer es también poner al descubierto territorios de ignorancia, y algunas veces es posible intuir que la génesis de la vida no anida solo en nosotros, puesto que vivir implica modificar y alterar el entorno; la vida sin plasticidad y sin ambigüedad carece absolutamente de sentido, sólo lo adquiere como aspiración.

Para comprender todo esto, Zambrano remueve con imaginación y con proeza el pasado y sugiere viajar a Grecia con el fin de acercarnos a quienes supieron conservar y transmitir la capacidad de curiosidad y admiración.

Grecia resuena en nuestro mundo y despierta infinidad de inquietudes. Grecia se convierte en la realización de un mundo ideal repleto de esplendor y de belleza. Es el mundo de las ideas por excelencia, es el espejo en el que debe mirarse toda la cultura que quiera pensarse y superarse a sí misma.

Grecia es un paradigma determinado por dos momentos esenciales. El primero —el de la época arcaica—, considerado como el momento más álgido de la cultura griega que marca la cima de la cultura occidental. Y el segundo, determinado por la Atenas de Pericles, es un momento de gloria y de victoria en el que Grecia nace como civilización.

Los griegos nos enseñan con su actitud que el sentido del acontecer reside en la estructura excepcional de un cierto ambiente humano que se genera en la *polis*. Nos incitan a pensar que el instante privilegiado anida en el equilibrio, porque el instante creador emerge cuando el *ego* se confunde con el todo y la totalidad se impregna de subjetividad.

Ellos son quienes, con su esfuerzo constante por descubrir las reglas de la naturaleza, con su innovadora aportación del concepto de historia política y social, y con su concepción de la *polis* y de ciudadanía, generan una original concepción del hombre en la que destaca la autonomía y —su correlato— el sentido de la libertad.

Ellos inauguran e instauran la idea de libertad como principio básico de la existencia humana, y curiosamente, la idea de libertad nace y se constituye, en el espíritu griego, al mismo tiempo que la idea de *polis*. La libertad nace en la *polis* y este hecho tiene implicaciones políticas.

Debemos a los griegos —entre otras muchas cosas— el habernos enseñado que la política tiene que ver con la realidad social y con el mundo. Aristóteles afirmó, en varias ocasiones, que pensar en términos de responsabilidad política era admitir el valor del concepto de ciudadanía. El individuo, en el mundo griego, tiene como objetivo primordial, el interés por cultivar todas aquellas cualidades que conlleven a ser un auténtico ciudadano.

Si queremos extender una mirada afirmativa sobre el mundo y resucitar como cultura, debemos aceptar a Grecia como paradigma inicial. Y al hacerlo, sentimos que hay una armonía ineludible en la diversidad de los sonidos filosóficos, mantenida por la presencia del pasado, y por ello, lejos de todo pragmatismo y conformismo, Zambrano sugiere Grecia como el primer referente, desde donde es posible entender: el sentido de la ciudad como ámbito de pensamiento, que permite al hombre reco-

nocerse individuo social; y el valor de la ciudad, como espacio de comunicación que posibilita la realización pluridimensional del ser humano.

La ciudad...

El pensamiento de M. Zambrano nos ha llevado inevitablemente a Grecia, y desde el mundo griego, volvemos a su proyecto filosófico con una predisposición distinta, en la que su filosofía adquiere todavía mayor relieve y profundidad. Ha conseguido alterar el pulso de nuestro pensamiento... y, finalmente, no resistimos preguntar... ¿Cómo es hoy la ciudad?

Se afirma, a menudo, que el desarrollo acelerado de la ciudad ha tenido lugar en el siglo XX. El crecimiento progresivo de nuestra sociedad contiene un carácter tecnológico y olvida las necesidades que toda ciudad encauza. La ciudad moderna ha nacido —como la antigua— de proyectos ideales, pero progresivamente, la presión tecnológica ha diluido estos proyectos; y así, la idealidad —fundamento de la génesis de la ciudad— se ha sustituido por la oportunidad, la utilidad... y el interés por la comunidad ha sido vencido por los intereses particulares.

El rostro de nuestras ciudades refleja mensajes contradictorios. Algunas veces, la ciudad resulta un territorio casi indeseable porque genera distancia y soledad. Se ha perdido el sentimiento fundamental de espacio colectivo, de solidaridad y de memoria colectiva, y así, nuestras ciudades permanecen ajenas a las resonancias históricas y a los recuerdos.

Hoy, la ciudad se entiende y se concibe como mecanismo. Tenemos una *naturaleza máquina* que domina la realidad y absorbe al ser humano.

El hombre es algo así como una figura deambulante, y al parecer esto sucede porque nuestro mundo marca una distancia entre: una naturaleza inanimada y un hombre desnaturalizado.

La técnica es el sueño de autodeterminación del hombre que coincide con el autoconocimiento de soledad. Constantemente, aparecen signos que advierten el peligro del progreso, y de este modo, al parecer la técnica se vuelve contra el hombre. Consideramos que hemos alcanzado un alto nivel de conocimiento —de técnica—, pero hemos conquistado la mayor soledad posible, y así, nuestro cosmos, el más conocido por la ciencia y por la técnica, es el más desconocido . . . y nuestra naturaleza, tal vez, la más conocida por el conocimiento empírico, es la más inerte: he ahí la gran paradoja de nuestro siglo.

Todo ello se refleja en la ciudad moderna, porque la ciudad es el lugar en donde se expresa el esquema ideológico de la sociedad. Hoy se contempla la ciudad como si fuera un organismo que absorbe y paraliza al individuo; y su aparente pragmatismo arrastra la tragedia de su artificialidad. Han desaparecido los signos individuales y los referentes humanos. Existe una inadecuación entre lo personal y lo colectivo.

Así pues, la ciudad de hoy nos impone un ritmo que cultiva la necesidad de la eficacia. Y, como que uno de los objetivos fundamentales es el de conseguir el mayor efecto de eficacia y de utilidad, nuestras ciudades no reflejan el sentimiento de solidaridad, y en ocasiones expresan la ausencia de justicia y de libertad individual y colectiva.

Frente a nuestras ciudades, el filosofar zambraniano nos induce a imaginar una ciudad paradigmática, a partir de la cual podamos construir la ciudad real en la que sea posible ejercer su proyecto filosófico.

La ciudad es el lugar humano por excelencia. Es una respuesta a las necesidades vitales, es el reflejo de lo que somos. Debería ser el ámbito en el que se conjugaran las expresiones individuales con las necesidades colectivas. Por ello, tiene una misión política y social, manifiesta el carácter social del ser humano y revela

el estado del hombre como un estado compartido. Por ello también, debería construirse bajo un ideal comunitario que presuponga signos de convivencia y de entendimiento.

Deberíamos recordar, tal vez, que las ciudades han nacido y han crecido en el tiempo real, y así es como han ido adquiriendo un rostro peculiar —el suyo propio— en el cual se vislumbran ecos de individualidad y de comunicación y mensajes históricos cuya voz permanece en el decurso temporal.

Y por encima de todo, debería existir una vinculación entre naturaleza y ciudad. Debería revelarse una lógica natural en la propia naturaleza que se extendiera hasta la ciudad. Y, el ser humano debería ser capaz de encontrar en la misma condición natural de la ciudad, los principios de igualdad y reconocimiento.

M. Zambrano nos incita a contemplar y estimar una ciudad lo más natural posible y lo más próxima a la condición humana. Y proclama una ciudad concebida bajo los paradigmas vitales de la historia y la libertad.

De este modo, la ciudad es una condición para el pensamiento, la comunicación, la convivencia y la esperanza. Y esta realidad evidencia que el contexto —entorno— no es gratuito, puesto que una ciudad así genera —necesariamente— hombres libres. Y la libertad permite aceptar nuestra condición compleja y pluridimensional y reconocer a la vez nuestra capacidad de crear y de soñar... porque gracias a esta actitud es posible y tiene sentido hablar de Amor, de comunicación y de esperanza.

¿Quién somos?... somos seres impulsados por la vida, que huimos de todo aquello que nos clausura. La vida alberga en la penumbra. Frente a la acuciante representación, a ella le corresponde la expresión. Pero constantemente busca la luz y reclama voz, y así en el incansable intento de expresarse desde y en los ámbitos referenciales, denuncia su prioridad y su inapeable existencia. Y, nosotros nos reconocemos en

sus expresiones más ingenuas y más profundas. Somos constitutivamente diálogo: «Los hombres —dice Zambrano— nos sentimos como seres desprendidos, a medio hacer y a medio encajar en una realidad presentida que buscamos».

Se nos sugiere pensar en el carácter excepcional del ser humano. El hombre es un ser inaudito porque en él conviven, mágicamente, inquietudes antagónicas: la necesidad silenciosa de sentirse libremente en soledad se trenza con la voluntad explícita de vivir en sociedad.

Se espolean en Zambrano posiciones evocadoras. Desde este confín primigenio —en el que nos ha situado—, sentimos una vez más que ha penetrado en nosotros su fulgurante riqueza de espíritu, de experiencia vital, de intuición... la vida nos cautiva de forma distinta... se torna prodigiosa al mantener el conflicto liberador de la libertad y la creatividad, al contener y engarzar todo lo que acaece e irrumpe: *logos* y embriaguez, *logos* y delirio.